

Galli, Carlos María

La Teología como ciencia, sabiduría y profecía

Capítulo XXVI de la obra:

100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro
Pontificia Universidad Católica Argentina, 2015

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización de los autores y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Galli, Carlos María. La teología como ciencia, sabiduría y profecía [en línea]. En: 100 años de la Facultad Teología : memoria, presente, futuro / Coordinado por José C. Caamaño, Juan G. Durán, Fernando J. Ortega y Federico Tavelli. Buenos Aires : Agape, 2015. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/teologia-ciencia-sabiduria-profecia.pdf> [Fecha de consulta:]

con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario el hombre colabora, en cierta manera, con el Hijo de Dios en su obra redentora.” (ECE n° 49).

Ahora bien, el trabajo específico de nuestra Facultad no es el del carpintero ni el del misionero. No es el trabajo manual ni el trabajo pastoral sino, primariamente, la investigación y la docencia, el profundizar en la contemplación de la verdad revelada y el transmitir esa contemplación de la verdad. Por lo primero este trabajo no queda confinado al horizonte de la formación de los alumnos. Por lo segundo debe volcarse directamente hacia estos, sean seminaristas, religiosos o laicos, para contagiarles nuestro amor a la verdad revelada y transmitirles el depósito de la fe. Ahora bien, si aquel amor a la verdad ha de ser cultivado tanto por los docentes como por los alumnos, todos en esta comunidad académica debemos cultivar el amor al trabajo; todos, desde el mayor de los directivos hasta el menor de los administrativos.

Pero “el obrero tiene derecho a su salario”. Al invocar este principio no sólo saludo y agradezco al Emmo. Sr. cardenal Antonio Quarracino, Arzobispo de Buenos Aires, y a los Sres. Obispos y Superiores de las comunidades que están contribuyendo a nuestro sustento con las matrículas y cuotas de sus alumnos, sino que me dirijo a otros Sres. Obispos y Superiores, para que se sumen a este costoso trabajo de formación en lugar de disgregarlo en centros cada vez más pequeños, justamente cuando nuevas redes de comunicaciones están acortando distancias que nos separaban. En este contexto me atrevo a pedir a Su Eminencia para que anime a sus hermanos en el Episcopado a imitar el ejemplo dado por Conferencias Episcopales vecinas, en cuanto a este aunar y concentrar esfuerzos. y confiadamente espero que, en cuanto Gran Canciller de la Universidad Católica, proteja, como lo ha venido haciendo hasta ahora, a esta “pequeña empresa” de nuestra Facultad, para que no sea devorada en el formidable ámbito de una Universidad que debe proyectarse hacia el siglo XXI bajo la dura competencia de las leyes del mercado.

Concluyo encomendando esta ardua gestión, que excede a mi pobre persona y a mis débiles esfuerzos, a las oraciones de todos ustedes, a la intercesión de la Inmaculada Virgen María y a la mediación de Cristo Jesús, Hijo suyo e Hijo de Dios, nacido en su seno por obra y gracia del Espíritu Santo. Que Cristo, Sacerdote eterno, haga llegar estas oraciones a su Padre celestial, por quien fue enviado y a quien retornará cuando nos lleve con Él. Que así sea.

Capítulo XXVI

La Teología como ciencia, sabiduría y profecía¹

CARLOS MARÍA GALLI

En esta celebración eucarística damos gracias a Dios por el decanato de Mons. Dr. Ricardo Ferrara, pedimos que el Espíritu Santo nos guíe en esta nueva etapa y situamos el quehacer teológico en el seno de la liturgia. En el diálogo con Dios, al escuchar su Palabra y dirigirle las nuestras, aprendemos a pronunciar nuestro discurso acerca de Dios y de toda la realidad en relación a Él. *La Eucaristía es nuestro principal ámbito de encuentro y comunión*, especialmente en este día, en el que no habrá un acto académico ni un ágape festivo. Luego de saludar a los profesores e invitados, visitaré a los alumnos en sus respectivas aulas.

Agradezco la compañía de todos ustedes: autoridades, profesores, formadores, empleados, alumnos, exalumnos, familiares, amigos. Expreso mi agradecimiento por los saludos que en estos días tantas personas me han hecho llegar de diversas formas. Agradezco en la persona del Gran Canciller, Cardenal Jorge Mario Bergoglio SJ, la confianza manifestada por quienes intervinieron en mi nombramiento en la Universidad y en la Santa Sede. Agradezco especial-

¹ El texto contiene las palabras pronunciadas por Carlos María Galli al iniciar su primer decanato en la Misa presidida por el Cardenal Bergoglio el 9 de setiembre de 2002; cf. C. M. GALLI, “La teología como ciencia, sabiduría y profecía. Palabras en el inicio del Decanato”, *Teología* 79 (2002) 169-179. Para seguir la evolución de esta teología teologal, histórica y tridimensional del autor se puede ver el ensayo: “Inteligencia de la fe, profecía de la esperanza, sabiduría del amor. Un diálogo sobre tres discursos teológicos para intentar mirar lejos”, en: C. DE PRADO; P. HUGHES (coords.), *Libertad y esperanza. A Gustavo Gutiérrez por sus 80 años*, Lima, CEP, 2008, 143-197; y el libro *De amar la sabiduría a creer y esperar en la Sabiduría del Amor. La teología: inteligencia de la fe, profecía de la esperanza, sabiduría del amor*, Buenos Aires, Facultad de Teología - Guadalupe, 2013.

mente a mis colegas del *Consejo Académico* de nuestra Facultad el haberme elegido.

Articularé estas palabras en tres momentos conforme con la estructura del tiempo y de la celebración. Quiero *recordar con gratitud el pasado*, espacio de experiencia y memoria; *asumir con responsabilidad el presente*, ámbito de iniciativa y acción; *afrentar con esperanza el futuro*, horizonte de espera y proyecto. Lo hago confiando en Jesucristo, quien es “el mismo, ayer, hoy y siempre (Hb 13,8)”. Él es el Señor de la historia y, por eso mismo, es también el Señor de la historia de nuestra Facultad, que en 2015 cumplirá sus primeros 100 años.

1. Memoria del pasado

Soy un hijo de esta Facultad. Ingresé en ella en 1975 y aquí me gradué de bachiller (1980), licenciado (1985) y doctor (1993). En 1983 comencé a dar algunas clases en la cátedra de Teología Dogmática II, junto con Mons. Dr. Lucio Gera. A él le debo y le agradezco mucho de mi formación teológica y pastoral, simbolizada en la tesis doctoral que dirigió y presenté aquí, haciendo una opción por la Facultad, que debe ir consolidando sus tradiciones académicas. En 1986, ya licenciado, fui nombrado profesor; desde 1988, al volver de Alemania, he dictado varias asignaturas; en 1996 me designaron profesor estable; luego, como es sabido, fui elegido vicedecano para acompañar el decanato del querido Padre Ferrara.

La Facultad de Teología es para mí llamado, opción y destino. Por eso hago dos confidencias.

1. Nací, fui bautizado y vivo en la ciudad de Buenos Aires. Si bien mi familia vivió mucho tiempo en la diócesis de San Isidro, a la que quiero mucho, durante mi adolescencia estudié y trabajé pastoralmente en la Arquidiócesis. A los quince años decidí entrar en este seminario porque, si bien vivía en la diócesis vecina, Buenos Aires fue el ámbito eclesial de mi vocación sacerdotal, y porque, siendo adolescente, *quería estudiar la teología aquí*, porque conocía a varios profesores por sus charlas y escritos. La *opción por la Facultad* fue decisiva para *ingresar en este Seminario*, en el que me preparé para el ministerio pastoral, al que agradezco por todo lo que me dio en mi formación ante su actual Rector, Pbro. Daniel Fernández.

2. El segundo hecho es un signo tanto de mi vínculo con el Padre Ferrara como del crecimiento académico de la Facultad. Me inicié como docente en 1979 al ser *llamado* por él a colaborar en su cátedra

de Teología Dogmática I, dando un proseminario sobre la antropología cristocéntrica de Juan Pablo II, tal como se manifestaba ya en sus primeros textos pontificios. Yo cursaba quinto año del Bachillerato. Se preguntarán cómo fue posible eso, sin tener el primer grado académico. Los mayores recuerdan bien que en aquellos años setenta era difícil encontrar profesores para todos los cursos. De hecho, también otros alumnos de cursos superiores asistieron a otros profesores titulares. En cambio, en este año 2002, las treinta comisiones de los proseminarios filosóficos y teológicos —obligatorios y optativos— que se dictan en el ciclo básico son dirigidas por veinte doctores y diez licenciados. *¿Cómo ha crecido nuestro cuerpo docente!* En la lista de sus 78 *profesores* hay 43 doctores, 32 licenciados, 3 profesores. A ellos les agradezco tanto su alto nivel académico como su profundo *sensus Ecclesiae*.²

En la Facultad se alimentó mi amor a la verdad, el estudio, la educación y la docencia, que ya había aprendido de mis padres, un don que les agradezco junto con los regalos de la vida y de la fe. Aquí pude asimilar algo de *la herencia de dos generaciones de profesores*: aquellos que “refundaron” la Facultad a partir de 1957, año en el que yo nacía; y los que se incorporaron en el inmediato postconcilio. Como no puedo nombrar a todos, los simbolizo en los decanos posteriores a Mons. Dr. Eduardo Pironio: Gera, Villalba, Giaquinta, Maccarone, Zecca, Ferrara.

“Somos como enanos sobre hombros de gigantes y podemos ver más lejos que ellos gracias, precisamente, a ellos mismos” (Pedro de Blois). Debemos recibir y acrecentar el fruto del enorme trabajo de las generaciones que nos precedieron, sobre todo de aquellos que prepararon, realizaron y transmitieron el *Concilio Vaticano II*, acontecimiento decisivo en la Iglesia contemporánea, signo de la renovación de la teología y “brújula” para navegar en el océano del tercer milenio (NMI 57). Al representar un cambio generacional, esta herencia nos

² Hay muchos signos de este sentido de pertenencia y de servicio a la Iglesia. Uno, entre tantos otros, es la colaboración con nuestra Conferencia Episcopal. Si observamos sólo la *Comisión Episcopal de Fe y Cultura*, veremos que en el trienio 1999-2002, que ya concluye, hay 36 peritos —permanentes, consultores y censores— de los cuáles 18, o sea la mitad, son profesores de nuestra casa. O bien, si consideramos nuestros 21 profesores estables —los más comprometidos con la Facultad— 12 de ellos somos peritos de esa Comisión de Fe y Cultura.

exige *mirar más lejos*, como decía, Juan XXIII, es decir, hacia adelante y hacia arriba.

Como profesor y decano asumo la incipiente pero rica tradición de nuestra Facultad de Teología. Ésta consiste en una *unidad plural* vivida con respeto y paz. Hay un núcleo común, realizado diversamente por las diversas disciplinas y cátedras, que presta una atención simultánea a lo clásico y lo moderno; lo universal y lo particular; lo eclesial y lo secular; lo científico, lo espiritual y lo pastoral; lo positivo y lo sistemático; el pueblo fiel y el magisterio; la investigación y la docencia; la historia y la actualidad; la identidad y el diálogo...

2. Responsabilidad presente

En 1996 y 1999 fuimos elegidos como autoridades dos profesores —presbíteros de esta iglesia particular de Buenos Aires— que, siendo muy distintos entre nosotros, teníamos varios rasgos comunes, entre ellos estos dos que quiero manifestar: *un neto perfil académico* y *un claro compromiso con la Facultad*, sólo y siempre con la Facultad, entendida ésta como el ámbito principal de nuestro servicio a Dios y a su Pueblo. Desde 1996 éste ha sido el espacio de una dedicación prácticamente exclusiva, porque Mons. Ferrara y yo no hemos vuelto a dar clases en otras instituciones. Ahora, al ser *llamado* a ejercer esta responsabilidad directiva, quiero renovar ese compromiso con nuestra institución y compartir con ustedes dos aspiraciones.

2.1. Prestar el servicio de decano continuando lo realizado y aprendido durante un sexenio

En otro momento haré un balance del sexenio para trazar un cuadro de situación que contribuya a una conciencia común. Es justo y necesario porque en el período del P. Ferrara se han hecho *cambios impresionantes que dejarán una huella profunda en la historia de la Facultad*.

A él quiero agradecerle que haya asumido el Decanato en un momento en el que anhelaba una vida más tranquila, pero cuando la Facultad necesitaba una persona con su autoridad moral y su prestigio intelectual. Entonces concluía su carrera de investigador en filosofía en el Consejo Nacional de Investigaciones científicas y técnicas —CONICET— y deseaba dedicarse a la teología en su sentido máximo: *el conocimiento del misterio absoluto del Dios uno y trino*. Si asumir esta función directiva lo llevó a salir de su soledad y a postergar algunos

proyectos, que ahora retoma con toda su vitalidad, también —como dije en 1990, cuando festejamos sus 70 años junto con nuestro excelente grupo de empleados administrativos— le hizo posible encontrarse a sí mismo como padre al encontrar una nueva y numerosa familia, a la que sirvió con inteligencia y amor. Termina su decanato al cumplir 45 años como profesor, lo que festejaremos próximamente con el claustro docente. Le agradecemos que haya dado su vida a la Facultad y le pedimos que nos siga enriqueciendo con su sabiduría y consejo.

Personalmente lo reconozco como *padre, maestro y amigo*. Me honró con la confianza de acompañar su gobierno constituyendo un sólido grupo de trabajo. Así se robusteció nuestro vínculo intelectual, espiritual y afectivo mediante una actividad que no conoció pausas y que nos llevó a reunirnos incluso en muchos fines de semana. Espero, con la ayuda de Dios y de todos, *poder formar un buen equipo y mantener algunos de sus valores*: la fe profunda, la lucidez intelectual, la seriedad académica, la investigación perseverante, la dedicación responsable, el compromiso institucional, el espíritu y la práctica colegial, la transparencia administrativa, la austeridad presupuestaria, el sentido de justicia, la prudencia al servicio del bien común. Gobernó cumpliendo el artículo 13 de nuestros *Estatutos*, que dice: “el gobierno inmediato de la Facultad es ejercido por el Decano y por el Consejo Académico”.

Confirmo las consignas que Ferrara nos diera al asumir: *el amor a la verdad y al trabajo*, que debemos cultivar docentes y alumnos, directivos y administrativos. Su trabajo incesante me recuerda a otro trabajador intelectual de tiempo completo: el Padre Yves Congar OP. En 1988 lo visité en *l'hôpital des Invalides* en París, donde residió durante sus últimos años, y le pedí un consejo cuando comenzaba a dedicarme intensamente a la teología. Recibí como única respuesta la frase: “*trabajar, trabajar, trabajar... diez, doce, catorce horas por día si es necesario*”. En 1987, este gran dominico, de quien también aprendí mucho, confesó: “*Yo le he consagrado mi vida a la verdad; yo, creo, sobre todo, que ella es verdaderamente la señora de mi vida. Yo he escrito esto en el encabezamiento de mis textos: Veritas domina mea*”.³

³ Y. CONGAR, *Entretiens d'automne. Présentés par Bernard Lauret*, Paris, Cerf, 1987, 92; cf. C. M. GALLI, “La teología del Pueblo de Dios en el último Congar”, *Proyecto 41* (2002) 105-128, esp. 106-110.

Esta *cultura del trabajo* requiere la *ejemplaridad intelectual*. Cuando comenzamos con Mons. Ferrara no sabíamos muchas cosas y nos llevó tiempo poder aprenderlas. Pero intuíamos que la *autoridad institucional* conferida para gobernar la Facultad, en cuanto es una institución académica, debía estar sostenida por la *autoridad moral* de una dedicación completa animada por el amor y por la *autoridad intelectual* de quien persevera investigando y publicando. Porque, ¿cómo estimular a profesores y a alumnos a acrecentar el hábito del estudio, a pesar de tantas obligaciones pastorales, si el Decano y el Vicedecano no dan el ejemplo en medio de sus pesadas cargas? La suma de las publicaciones de cada uno en el quinquenio 1996-2001 —que supera los setenta títulos—, las nueve conjuntas que editamos, y tantos textos institucionales con los que fatigamos un poco a todos... forman una producción escrita que da testimonio de que *tratamos de mantener el oficio del intelectual sin dejarnos atrapar por la burocracia del funcionario*. Pido a Dios la gracia para seguir transitando por este camino y para recoger estos y otros ejemplos que nos dio, da y nos seguirá dando el Padre Ferrara.

En los últimos seis años la Facultad creció cualitativa y cuantitativamente —hoy se acerca a los quinientos alumnos, un 62% más que en 1996— gracias al esfuerzo de todos sus miembros y al apoyo de la UCA y de sus autoridades, a quienes agradezco en la persona de su actual Rector, Mons. Dr. Alfredo Zecca. Ha alcanzado una primera madurez académica, aunque tiene muchos límites y pobreza. *La nueva etapa debe consolidar y —si es posible— mejorar la obra iniciada*. Esto nos compromete a *seguir buscando un excelente nivel académico en la investigación, la enseñanza y la difusión de la teología* al servicio del Pueblo de Dios que peregrina en la Argentina y de la nueva evangelización de la patria en esta crisis inédita que sufrimos.

2.2. Abrir un nuevo proceso de diálogo y comunión en todos los niveles de la Facultad

Para seguir adelante debemos socializar el proceso vivido en estos años por nuestra institución entre todos sus integrantes y ampliar el ejercicio de la corresponsabilidad por el bien común. El bien común de la Facultad es *el bien de las personas* que la integramos y *el bien de la Facultad* como comunión de personas en torno a la enseñanza y el aprendizaje de la teología. Procuraré servir al bien común y, animado por el amor, querer a todos y cada uno. Me confío a sus oraciones para hacerlo bien porque soy consciente de mis límites en salud, tiempo, capacidad, temperamento y paciencia. Deseo que me

guíe la sabia exhortación de san Benito cuando escribe en su *Regla* sobre la comunidad y dice: *iuniores diligere, seniores venerare* (RB cap. 63). Quien ejerce la autoridad debe promover la caridad entre todos, tanto un amor de dilección y ternura a los jóvenes como un amor de respeto y veneración a los mayores.

En el último trimestre *iniciaré un proceso de diálogo abierto* con los que pertenecen o están relacionados con la Facultad. Espero que sirva no sólo para ordenar la escucha de demandas personales y sectoriales —que no faltarán—, sino y sobre todo, para *impulsar un vivo intercambio* que nos permita mirar juntos la Facultad y discernir propuestas para seguir creciendo.

Esta Facultad es una institución académica eclesial que, como toda la Iglesia, está invitada a ser “casa y escuela de comunión” (NMI 43). En este punto me dirijo especialmente a los alumnos y alumnas de todas las carreras y los ciclos: ustedes pertenecen a una Facultad latinoamericana que reúne una gran variedad de personas, vocaciones, carismas, comunidades, diócesis, culturas, situaciones, provincias, países y continentes. Esto es una expresión de comunión católica y una preciosa experiencia formativa que marcará sus vidas. En un mundo globalizado y en un país fragmentado *debemos aprovechar este don para forjar una teología, una espiritualidad y una pastoral de comunión*. Nuestra Facultad de Teología, que pertenece a la *Conferencia Episcopal Argentina*, debe ser, en su pequeña escala, una imagen viva de la Iglesia, que es Familia de familias, Comunidad de comunidades, Pueblo de pueblos.

3. Horizontes futuros

Éste no es momento para trazar proyectos porque trataré de continuar lo puesto en marcha y las nuevas iniciativas requieren tiempo de maduración. Prefiero atisbar algunos *horizontes* recordando que la teología es, a su modo, *ciencia, sabiduría y profecía*. La teología es ciencia —y sabiduría y profecía— de la fe. Pero, por la circularidad de la vida teologal (ST I-II, 62, 4; II-II, 17, 6-8), se puede decir que la teología entiende una fe animada por el amor y sostenida por la esperanza. Vincularé cada una de esas dimensiones teológicas con una de estas tres virtudes teologales pero evitando una delimitación estricta y artificial. *La teología es, de un modo absolutamente original, ciencia de la fe, sabiduría del amor y profecía de la esperanza*.

3.1. La teología como ciencia: *scientia fidei*

En Atenas san Pablo habló del Jesús de Dios y del Dios de Jesús en la sinagoga, el ágora y el areópago (Hch 17,16-34), ámbitos diversos de predicación, enseñanza y discusión. Allí anticipó otros tres lugares donde se ha ejercitado la teología, de forma diversa, en la historia de la Iglesia: *la intimidad del templo, la publicidad de la plaza, la comunidad de la universidad*.⁴

La teología se desarrolló como ciencia de la fe al adquirir *status* universitario en la alta edad media. El paso de las escuelas monásticas, catedralicias y conventuales a la *comunidad universitaria de profesores y alumnos* fue el contexto institucional para que el *intellectus fidei* se volviera *scientia fidei* (FR 65). Al considerarla como “ciencia” —cuestión debatida desde el siglo XIII— indico sólo dos horizontes: *el nivel académico y el diálogo interdisciplinar*.

1) La teología es ciencia de la fe porque, a partir de los datos objetivos de los principios revelados, piensa con todos los instrumentos de la razón, convertida en “razón teológica”.⁵ Como ciencia de la revelación de Dios acogida por la fe de la Iglesia ella ha de formar una *docta fides* cultivando un saber racional científico-teórico, riguroso, fundamentado, discursivo, crítico, metódico y sistemático-enseñado y aprendido en una universidad. Pertenece a una *Facultad eclesiástica pontificia*, que le ha dado carácter “pontificio” a la UCA. En la Carta que acompaña el Decreto que confirma mi nombramiento la *Congregación para la Educación Católica* me augura “*un proficuo lavoro accademico-scientifico a favore della Facoltà*”. El cultivo de la teología a nivel universitario, en una Facultad eclesiástica, nos distingue tanto de un centro de estudios teológicos, diocesano o religioso que no es universitario, como de un instituto terciario o universitario de teología reconocido sólo a nivel civil.

2) Nuestra plena inserción en la *Pontificia Universidad Católica Argentina*, vista como *universitas studiorum*, que ha sido completada por los dos últimos decanos, nos exige avanzar en el *intercambio de saberes* que caracteriza el actual desarrollo científico. En su raíz, este desafío nos incumbe justamente por cultivar la ciencia teológica,

⁴ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El lugar de la teología*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1986, 50-51, 67-68.

⁵ Cf. M. D. CHENU, *¿Es ciencia la teología?*, Colección Yo sé - yo creo 2, Andorra, Casal I Val, 1959, 60.

que es una participación en el conocimiento que Dios tiene de sí y de todas las cosas en sí, quien es la fuente original de la verdad que las ciencias buscan. Con Tomás de Aquino pienso que la teología participa de la “*scientia Dei et beatorum*” (ST I, 1, 2) y considera toda la realidad “desde el punto de vista de Dios” (ST I, 1, 7), según su relación con lo que es digno de ser revelado para la salvación del hombre (ST I, 1, 1). Con Francisco de Vitoria sostengo que “el deber y la función del teólogo es tan vasto que ningún argumento, ninguna discusión, ninguna materia parecen ajenas a su profesión”.⁶ Por eso debemos animarnos a pensar tantas cuestiones a la luz de la revelación cristiana y en un diálogo interdisciplinar con la filosofía, la historia, las ciencias y las artes.

3.2. La teología como sabiduría: *sapientia amoris*

En la encíclica *Fides et Ratio* el Papa Juan Pablo II entiende la sabiduría en varios registros: sabiduría popular, filosófica, evangélica, teológica, mística, divina (FR 3, 6, 19, 23, 44, 102, 105). Arraigados en la tradición sapiencial bíblica y eclesial, afirmamos que *la teología es sabiduría eminente*. “La teología es sabiduría perfecta, que comienza en la causa suprema en la que termina el conocimiento filosófico... Y en la teología se halla el sabor perfecto, la vida y la salvación del hombre”.⁷ Ella es sabiduría que brota de la fe porque participa de la Sabiduría de Dios encarnada en Cristo y saboreada en el Espíritu. El clásico círculo hermenéutico de la teología *credo ut intellegam - intellego ut credam* se reformula a partir de la figura mediadora de la sabiduría: la teología es una fe que busca y sabe entender (*fides sapiens intelligere*) y una inteligencia que busca y sabe creer (*intellectus sapiens credere*).⁸

El saber teológico está ligado al saborear místicamente el sentido de Dios y, desde Él, el sentido del hombre y del mundo. El Espíritu Santo eleva la sabiduría teológica para alcanzar un *conocimiento conatural, sabroso y amoroso de Dios*. Cuando las cosas divinas se saben

⁶ FRANCISCO DE VITORIA, “*Reelectio de potestate civili*”, en: *Reelecciones teológicas del maestro fray Francisco de Vitoria II*, Madrid, Imprenta La Raza, 1934, 171.

⁷ SAN BUENAVENTURA, *Breviloquium* 1, 1, 3; SANTO TOMÁS DE AQUINO ST I, 1, 7: “*maxime dicitur sapientia*”.

⁸ R. FERRARA, *¿Qué filosofía?, ¿qué fe?, ¿qué diálogo?*, en: UCA, *Fe y Ciencias. Jornada del 8/10/1997*, Buenos Aires, EDUCA, 1998, 109-121.

por amor, “no solamente se saben, mas juntamente se gustan”.⁹ El don de la sabiduría del Espíritu perfecciona la fe porque corresponde a la caridad, que lleva a conocer por cierta unión con Dios (ST II-II, 9, 2, ad 1um). Recordando a Dionisio, Santo Tomás dirá que “las cosas divinas no sólo se dicen sino que también se padecen” (ST II-II, 45, 2). A partir de la comprensión de la teología como sabiduría señalo sólo tres horizontes: *la relación entre teología y espiritualidad, el arraigo en la sabiduría del Pueblo de Dios, el primado de la caridad.*

1) La sabiduría reclama la *síntesis vital de espiritualidad y teología* que enseña Buenaventura:

“... invito al lector al *gemido de la oración por medio de Cristo crucificado*, que nos purificó con su sangre, para que nadie crea que le basta la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin la admiración, la observación sin el júbilo, la actividad sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, *la investigación sin la sabiduría inspirada por Dios (sapientia divinitus inspirata)*”.¹⁰

2) *La sabiduría teológica arraiga en la sabiduría teológica del pueblo cristiano.* El lugar de la teología se debe ampliar desde el templo del corazón hasta el santuario viviente del Pueblo de Dios en el mundo, con su sabiduría y su religiosidad, culmen de la naturaleza racional del hombre (GS 15, FR 33 n. 28). Desde allí también debe partir y hasta allí también debe llegar nuestro quehacer intelectual. De allí debe partir, porque la teología busca, según el Concilio y el Papa, “por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia teniendo en cuenta la filosofía o la sabiduría de los pueblos” (AG 22, FR 69 n. 92). Allí debe culminar porque, según la Constitución *Sapientia Christiana*, “el oficio del teólogo debe ser ejercitado para edificar la comunión eclesial, a fin de que el Pueblo de Dios crezca en la experiencia de la fe” (SCh, Intr IV).

Recorriendo este camino se puede alcanzar una *inteligencia inculturada de la fe* que respete tanto la universalidad de la fe y de la razón como la tradición eclesial y el arraigo cultural, que son las matrices en las que se desarrollan la teología y la filosofía como saberes

⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual, Prólogo, Obras Completas*, Burgos, Monte Carmelo, 1972, 1129.

¹⁰ SAN BUENAVENTURA, *Itinerarium mentis in Deum*, Prol. 4; en: *Opera Omnia V*, Ad Claras Aquas, 1891, 296.

universales e inculturados. En el documento final de una reunión convocada por el *Consejo Episcopal Latinoamericano* y la *Congregación para la Doctrina de la fe*, las autoridades de ambas instituciones y un grupo de teólogos afirmamos: “se debe proseguir en el camino de la inculturación de la reflexión teológica para que sea plenamente católica y latinoamericana”.¹¹

3) La teología debe desarrollarse como *sapientia amoris*. Si ayuda a cultivar “la fe que actúa por medio de la caridad” (Ga 5,6), ella se vuelve *intellectus amoris et misericordiae*, sabiduría contemplativa y práctica (ST II-II, 45, 3, ad 3um), que manifiesta tanto en el plano del conocimiento como en el de la acción que “Dios es Amor” (1 Jn 4,8), “rico en misericordia” (Ef 2,4). La sabiduría, comprendida como *docta caritas*, nos enseña que “lo más grande es el amor” (1 Co 13,13). Así ella trasciende el amor a la sabiduría en la sabiduría del amor, pues “aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe... si no tengo amor, no soy nada” (1 Co 13,2). Esto debe ser recordado siempre por el alumno, el profesor y el decano de una Facultad de Teología.

3.3. La teología como profecía: *propheta spei*

El discurso teológico revelado, ya desde la Sagrada Escritura, se ha desarrollado en dos direcciones y en dos lenguajes en una constante conexión: la sabiduría y la profecía.¹² La teología es también profecía, o sea, *comunicación de la Palabra de Dios en la historia y comprensión de la historia a partir de la acción salvífica de Dios cumplida en Cristo*. La profecía *interpreta* la historia desde la Palabra divina. Un hecho recibe su sentido desde una secuencia que le precede y una dirección a la que apunta. Interpretar es captar un “sentido” presente en la realidad histórica ubicando los acontecimientos en una trama que tiene su origen, centro y fin en Cristo, “el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (Ap 1,8). Por eso la teología profética cristiana intenta *discernir* el tiempo (Lc 12,54) e *interpretar* sus signos (Mt 16,3) a la luz del Futuro absoluto inaugurado en la muerte y la resurrección de Jesucristo. Desde la profecía, entendida como teología histórica y pastoral en un sentido amplio,

¹¹ CELAM, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Bogotá, Documentos 141, 1996, 367.

¹² Cf. G. LAFONT, *La Sagesse et la Prophétie. Modèles théologiques*, Paris, Cerf, 1999, 15.

señalo otros dos horizontes: *interpretar los signos de los tiempos y dar razón de la esperanza.*

1) La profecía presta un servicio pastoral al decir una palabra significativa en la *plaza pública* de la cultura y de la sociedad, en las cuales se debaten las grandes cuestiones de nuestra nación, cuando crecen el empobrecimiento, la exclusión, la desconfianza. Ella debe interpretar y discernir los dramas que afligen la vida de personas, familias y pueblos, ayudando a *leer los nuevos signos del tiempo presente desde una fe orante y pensante.* El teólogo —decía Lucio Gera en el primer número de nuestra revista— es “un hombre con funciones públicas, habitante del centro de la ciudad, representando a una Iglesia que milita dentro de una cultura”.¹³

2) La teología puede verse como *intellectus spei.* Dios es la fuente absoluta de la esperanza porque es nuestra Felicidad total y definitiva. La teología es *docta spes* cuando profundiza su fundamento en la sabiduría, la bondad y el poder de Dios.¹⁴ La esperanza se expresa en la oración que espera recibir todo de Dios. Para Tomás “*petitio est spei interpretativa*” (ST II-II, 17, 2, 2um). La teología, considerada como servicio a la vida de la Iglesia y del mundo, también debe ser, a su modo, *spei interpretativa*, o sea, debe desarrollar una *hermenéutica de la esperanza del Pueblo de Dios peregrino.* Una teología más profética ilumina el presente al abrirlo al futuro y así ayuda a los cristianos a estar “*siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida razón (logos) de su esperanza (elpís)*” (1 Pe 3,15). Dar razón es justificar racionalmente, expresar dialogalmente y declarar públicamente el fundamento de nuestra fe esperanzada y amante. La “razón del creyente” (FR 73) es una razón creyente que testimonia con signos y argumenta con razones lo que cree, espera y ama. Una Facultad abierta a todos, pero preocupada por *formar jóvenes* pastores, consagrados y consagradas, laicos y laicas, debe “saber dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar” (GS 31).

* * *

La teología es scientia fidei, sapientia amoris, prophetia spei. Ella debe ser cultivada como *ciencia de la fe* con rigor académico en la comunidad universitaria de la *Facultad*, elevarse como *sabiduría del amor* nu-

¹³ L. GERA, “Presentación”, *Teología* 1 (1962) 4.

¹⁴ Cf. B. FORTE, *La teología como compañía, memoria y profecía*, Salamanca, Sígueme, 1990, 187 y 199.

triéndose espiritualmente en la intimidad del *templo* vivo del Pueblo de Dios, y proyectarse como *profecía de la esperanza* iluminando pastoralmente el servicio a la *plaza pública* de la sociedad y de la cultura. Para recibirla y comunicarla así, me vuelvo hacia la imagen de la *Inmaculada Virgen María*, que da el nombre al Seminario, a la Parroquia y a nuestra Facultad. Nos confiamos a la *Madre de Dios, Virgen Inmaculada y Sede de la Sabiduría*, porque ella es la sabiduría del corazón y el corazón de la sabiduría.